

eucaristía fermento de nuestra vida



Para muchos, indudablemente, la gran exteriorización eucarística de nuestros congresos halla sólido apoyo en la práctica íntima de una profunda vida espiritual. No para todos, por desgracia.

Para tí, hombre o mujer, fervoroso o tibio, convencido o escéptico, será en todo caso fructuosa esta breve meditación que el gran Crisóstomo nos ofrece sobre el Cuerpo de Cristo.

Jesucristo terminó su vida entre los hombres con el sacrificio de sí mismo como víctima en la Cruz. Acto supremo de culto a Dios y momento cumbre de la creación. Ese momento ha sido perpetuado en el Sacrificio Eucarístico de la Iglesia.

La sangre de Cristo, prefigurada en el antiguo testamento, purificó el santuario y el sancta sanctorum, santificó el altar de oro, ordenaba a los sacerdotes, lavaba los pecados de los hombres y ante ella se estremeció la misma muerte. Con ella compró Cristo la Iglesia y apenas derramada en el Calvario hizo accesible el cielo.

Pero no sólo quiso el Señor ofrecerse a sí mismo en sacrificio, sino que determinó unirse de modo real con nosotros mediante nuestra participación en la víctima del holocausto.

Había propuesto un mandamiento nuevo: "Amaos los unos a los otros como Yo os he amado". Para cumplir este precepto tan difícil, tan perfecto y tan peculiar del Nuevo Testamento instituyó

NUEVO Y VIEJO

el "Sacramento del Nuevo Testamento", nuestra Eucaristía. Su efecto propio había de ser unírnos con Cristo por amor, y por Cristo unírnos entre nosotros, los miembros todos del cuerpo místico: Cristo fermento en nosotros para que lleguemos a formar un todo. Oigamos al propio San Juan Crisóstomo en una de sus más sentidas y fervorosas homilias eucarísticas (1).

"...Por lo cual es necesario que nos informemos del milagro de los misterios (eucarísticos), a saber, en qué consisten, por qué se dieron y cuál es su utilidad.

Un cuerpo nos hacemos, dice (el Apóstol), y *miembros de su carne y sus huesos* (Eph. 5,30). Sigán los iniciados este razonamiento.

Pues bien, para que esto lleguemos a ser no solamente por el amor, sino también en realidad, mezclémonos con aquella carne; porque esto se lleva a cabo por medio del manjar que El nos dió, queriendo darnos una muestra del vehemente amor que nos tiene. Por eso se mezcló con nosotros, y metió cual fermento en nosotros su propio Cuerpo, para que llegáramos a formar un todo, como el cuerpo unido con su cabeza.

* * *

Pues por eso hizo lo mismo Cristo induciéndonos a mayor amistad, y demostrándonos su amor ardentísimo hacia nosotros; ni sólo permitió a quienes le aman verle, sino también tocarle y comerle, y clavar los dientes en su carne, y estrecharse con El, y saciar todas las ansias del amor. Salgamos, pues, de aquella mesa, como leones respirando fuego, terribles a Satanás, con el pensamiento fijo en nuestro Capitán y en el amor que nos ha mostrado. A la verdad, muchas veces los padres entregan los hijos a otros para que los sustenten; mas Yo, dice, no así, antes os alimento con mi propia carne, a mí mismo me presento por manjar, deseoso de que todos seáis nobles y ofreciéndoos buenas esperanzas acerca de los bienes venideros. Porque quien aquí se os dió a sí mismo mucho más en la vida venidera. Quiérase hacerme hermano vuestro; por vosotros participé de carne y sangre; de nuevo os entrego la carne y la sangre por medio de las cuales me hice pariente vuestro.

* * *

Esta sangre derramada lavó todo el mundo.

Muchas cosas dijo de esta Sangre el bienaventurado San Pablo en la Epístola a los Hebreos. Esta sangre purificó el santuario y el Sancta Sanctorum. Y si la imagen de ella tuvo tanta eficacia ora en el templo de los hebreos, ora en medio de Egipto, puesta sobre los umbrales, ¡cuánto más podrá la verdadera y real! Esta sangre santificó el altar de oro. Sin esta sangre no se atrevía el sacerdote a entrar en el santuario. Esta sangre ordenaba a los sacerdotes. Esta sangre lavaba los pecados en sus figuras. Y si en las figuras tuvo tanta fuerza, si ante la sombra de ella se estremeció la muerte,

(1) Homilias sobre el Ev. de S. Juan. Hom 46. J. Solano, S. J. *Textos eucarísticos primitivos*, t. 1, p. 569 ss. B. A. C.

dime ¿cómo no ha de temblar ante la misma realidad? Ella es la salud de nuestras conciencias, con ella se lava el alma, con ella se hermosea, con ella se inflama; ella hace el alma más resplandeciente que el fuego; ella, apenas derramada hizo accesible el cielo.

¡Tremendos son, en verdad, los misterios de la Iglesia! ¡Tremendo es el altar! Brotó del paraíso una fuente que derramaba ríos materiales; de esta mesa brota una fuente de la que corren ríos espirituales. Junto a esta fuente están plantados no ya sauces estériles sino árboles que se yerguen hasta el cielo y llevan fruto siempre en sazón e inmarcesible. Si alguno se abrasa, véngase a esta fuente y refrigere el ardor. Pues ella deshace el bochorno y refresca todo lo ardiente, y no sólo lo quemado del sol, sino lo inflamado por aquellas saetas de fuego, ya que tiene su principio y origen en el cielo, de donde recibe su riego. Muchos son los arroyos de esta fuente los cuales envía el Paráclito. Y hácese el Hijo Mediador, no ya abriendo camino con la azada sino disponiendo nuestros ánimos. Esta fuente es fuente de luz, que brota rayos de verdad. Ante ella asisten aun las potestades del cielo fija la mirada en la hermosura de sus corrientes, ya que ellas contemplan con mayor claridad la eficacia de la obligación eucarística y sus inaccesibles destellos de luz. Pues así como si uno metiera en el oro derretido, si posible fuese, la mano o la lengua, al punto las transformaría en oro, así también y aun mucho más aquí obra la Eucaristía en el alma estos efectos. Bulle hirviendo este río más que fuego, mas no quema, sino que lava tan sólo cuanto a su paso encuentra.

* * *

Los que de esta sangre participan asisten a una con los ángeles, con los arcángeles y con las soberanas potestades, vestidos de la misma real estola de Cristo y provistos de las armas espirituales. Mas nada grande he dicho todavía : vestidos están del mismo Rey”.

